

Stephen Markley
Ohio

Traducido del inglés
por Eduardo Hojman

Alianza editorial

Preludio
Rick Brinklan y la última noche
solitaria

Dentro del féretro no había ningún cuerpo. En su lugar, sobre el ataúd Star Legacy de acero calibre 18 y color platino rosado, entregado en préstamo por la sucursal local de Walmart, habían desplegado una gran bandera estadounidense. El féretro se desplazaba por la calle principal sobre un remolque de plataforma plana arrastrado por una Dodge RAM 2500 del color de una cerveza excesivamente madura. Un adelanto del frío invernal había invadido el mes de octubre y una racha de aire glacial barría New Canaan con la impredecibilidad de un berrinche infantil. Lo que en un momento podía ser una brisa tranquila y tolerable se convertía de pronto en un helado chillido espectral que atravesaba la calle, congelando y dispersando la basura suelta y las hojas que un instante antes habían estado juntas, ahogando los comentarios superficiales, elevando las voces al cielo. Nadie se había molestado en sujetar bien la bandera antes de que la camioneta y su cargamento salieran de la estación de bomberos, el punto de partida de todos los desfiles de New Canaan desde el Día de Acción de Gracias hasta el 4 de Julio, y cuando el ataúd de exhibición llegó al centro, una ráfaga de viento se la

llevó. La insignia de barras y estrellas flameó, aleteó y se hinchó como un paracaídas en esa brisa enloquecida, mientras unos tristes gemidos escapaban de la multitud. No podía hacerse nada. Cada vez que empezaba a descender hacia el suelo, otra ráfaga la atrapaba, la sacudía, la llevaba hacia lo alto. La bandera llegó hasta la plaza, donde, finalmente, se enganchó en las nudosas ramas de un árbol y se quedó allí, temblando.

Al principio, la procesión en homenaje al cabo Richard Jared Brinklan se había planeado para el Día de los Caídos. Como había muerto en combate en los últimos días de abril, la fecha tenía sentido, pero la investigación de las circunstancias de su muerte retrasó el regreso del cuerpo. Una vez que aquel asunto se resolvió, la exhibición de orgullo local se programó para el mismo día del mes de julio en que tendría lugar el funeral. Por desgracia, aquella tarde cayó una brutal tormenta de verano. Una inundación repentina del río Cattawa y una alerta de tornado obligaron a todos los habitantes de New Canaan a permanecer en sus casas. A esas alturas, a la familia de Rick no le importaba mucho que hubiera o no un desfile, pero el alcalde, presintiendo el riesgo electoral que implicaría no rendir homenaje al tercer hijo que New Canaan había perdido en el actual conflicto bélico, insistió en reprogramarlo para octubre. En general, estas maniobras políticas típicas de un pueblo pequeño hacían que la gente pusiera los ojos en blanco, pero luego terminaban votando basándose precisamente en ellas.

El pueblo estaba cubierto de rojo, blanco y azul. Había banderitas cada cinco metros en el césped de la calle principal a lo largo de una extensión de casi dos kilómetros, antes de llegar a la plaza. Banderas colgando de ventanas, pegatinas de banderas en los coches, banderas en las manos rosadas de los niños y en las manos enguantadas y llenas de escarcha de los adultos; incluso una bandera hecha de cobertura roja, blanca y azul en una inmensa tarta rectangular que se vendía por porciones delante

de la cafetería Vicky's All Night Diner. Los árboles de la carretera, con sus rojos y amarillos otoñales, ofrecían un nítido contraste con el cielo metalizado. Mientras tanto, el viento hacía todo lo jodidamente posible por emancipar las hojas de aquellos pintorescos olmos, alisos y robles. Dos coches patrulla del Departamento de Policía de New Canaan encabezaban la comitiva, con las luces centelleando en silencio, lanzando errantes *iiumt* con las sirenas a intervalos de unos cientos de metros, seguidos de los coches de la comisaría, de los todoterrenos y de todos los otros vehículos que la policía había podido destinar para honrar al hijo de uno de los suyos: el hijo menor del investigador jefe Marty Brinklan. Los seguían unas motocicletas que se habían sumado voluntariamente a la procesión, algunas conducidas por veteranos, aunque, en realidad, todos los que tenían motos estaban allí, portando banderas estadounidenses y estandartes con las siglas de prisionero de guerra y desaparecido en combate ondeando en la parte trasera. Detrás de este batiburrillo de vehículos que se arrastraban lentamente por la arteria principal de la ciudad avanzaba el camión con el féretro, ya despojado de su bandera. Algunas personas salían un momento de sus hogares, que lindaban con la zona este de la ciudad, y luego se apresuraban a entrar una vez que el ataúd había pasado. Algunos se arrebujaban dentro de sus abrigo del estado de Ohio y de sus chándales de los Jaguars de New Canaan. Algunos se cubrían la cabeza con capuchas celestes de gore-tex o se encasquetaban gorros de lana mientras que muchos, que habían juzgado mal el clima, dejaban que las orejas se les pusieran de un rojo intenso y dolorosas al tacto. Otro había adoptado la cuestionable decisión de no llevar más ropa que unos vaqueros en estado de desintegración y una camiseta No Fear con las mangas recortadas, dejando al descubierto unos brazos repletos de tatuajes. Algunos llevaban niños pequeños en brazos o mecían suavemente cochecitos con abrigados bebés en su

interior. Los niños de más edad permanecían de pie junto a sus padres, inquietos y aburridos, cambiando sin cesar el peso de una pierna a la otra. Había chavales a los que nadie vigilaba persiguiéndose unos a otros entre las piernas de los adultos, ajenos a la angustia que los rodeaba. Los adolescentes, desde luego, se tomaban todo aquello como si fuera un acto social (lo que el propio Rick podría haber hecho en otra ocasión). Las chicas coqueteaban con los chicos, que esperaban ser los elegidos. Hablaban demasiado rápido, reían demasiado fuerte, tallaban sus iniciales en los árboles con navajas de bolsillo. Un hombre con una gorra de Veterano de la Tormenta del Desierto charlaba con el único reportero televisivo que había hecho el largo trayecto desde Columbus. Una chica sostenía un pedazo de cartón que decía, simplemente, «N.º 25». Otra tenía un póster en el que se leía: «¡¡¡Te QUEREMOS, Rick!!!».

Trabajaban en Owens Corning como ingenieros y especialistas de datos, en la fábrica Jeld-Wen como simples operarios, fabricando puertas y ventanas, en la tienda de antigüedades y ropa de la plaza, usando un bloque y un martillo de embutir para forjar botones ornamentales para monederos y camisas con monedas de níquel Buffalo. Trabajaban en Kroger's y en cuadrillas de operarios de carreteras, y en el First-Knox National Bank y en la sede local del Departamento de Vehículos Motorizados, un organismo tan eficiente y enérgico que el período de espera raras veces superaba los cinco minutos. Trabajaban en el hospital del condado, la institución que más gente empleaba en la ciudad, como enfermeros especializados, médicos, conserjes, técnicos, fisioterapeutas y auxiliares médicos; conforme a las consultas privadas les fue resultando cada vez más difícil sobrevivir, el hospital fue adquiriéndolas, hasta que terminó convirtiéndose en el único sitio de todo el condado al que se podía acudir en busca de atención sanitaria. Muchos trabajaban en la amplia red de residencias de ancianos, comunidades de

jubilados y hospicios, y, por supuesto, unos cuantos trabajaban en los servicios funerarios y no veían con buenos ojos la incursión de Walmart en el negocio de los ataúdes. La única licorería del condado, las consultas veterinarias y una tienda de artículos deportivos en la que las armas y la munición representaban el setenta por ciento de las ventas estaban en manos de residentes de New Canaan. Eran psicólogos y podólogos. Conducían furgonetas de reparto de patatas fritas. Trabajaban como inspectores sanitarios. Construían galerías, instalaban bañeras, reparaban desagües y diseñaban jardines. Algunos habían tratado de cambiar de casa. Uno de ellos, de veintitrés años de edad, había pedido un préstamo al banco, luego otro a su padre, y ahora consultaba la ley de quiebras por internet. Algunos trabajaban para el único periódico de New Canaan y hoy estaban provocándose un síndrome de túnel carpiano tratando de recopilar comentarios sobre Rick. Uno de ellos entrenaba al equipo de fútbol americano de la escuela secundaria y sus elogios a Rick eran una catarata irrefrenable («Uno de los mejores jóvenes que he entrenado generoso dedicado el mejor jugador de equipo que he visto se preocupaba de cada uno de los chavales desde el quarterback hasta el último suplente»), un viento con sonido de los Apalaches. Aquellos que habían perdido hijos pensaban en las diferentes maneras en que se habían marchado: leucemia y accidentes de caza, suicidios y accidentes de tráfico, tumores de hígado y ahogamientos, coches que se recalentaban bajo el sol de verano con el rescate a apenas unos pasos, haciendo fila delante de las tintorerías. Algunos tenían sueños terribles y muchas veces se despertaban empapados en sudor y en confusión. Otros se levantaban de golpe, se duchaban y se iban a trabajar.

Sus hijos asistían a una de las seis escuelas primarias, a la escuela para niños de doce a catorce años y a la escuela secundaria de New Canaan. Muchos de los adultos se conocían desde

aquel primer día incómodo en que los habían dejado delante del preescolar, llorando, aferrándose a las faldas, o a los vaqueros o a los monos de sus madres. Algunos crecieron y se convirtieron en maestros de esas mismas escuelas. Uno recordaba a Rick como un bocazas pequeño y gracioso que siempre estaba fro-tándose las mejillas llenas de espinillas. Otra rememoraba la tarjeta que Rick le había entregado el último día de la clase de álgebra de séptimo grado. En la parte delantera: «¡Los profesores también se merecen un 10!». En el interior, un cupón para un bocadillo gratis de queso de Little Caesars. Otro profesor pensó en un ensayo que Rick había escrito para sacar matrícula de honor en historia, un texto que incluso hoy, el día del desfile, seguía convencido de que había sido plagiado por ese jugador estrella de fútbol americano.

Había antiguas animadoras deportivas y jugadoras de voleibol y estrellas del equipo femenino de baloncesto. Una de ellas seguía ostentando el récord de puntos y asistencias, habiendo usado durante tres años su amplio trasero para frenar a las defensas que trataban de impedirle llegar hasta la canasta. Algunos estaban ebrios por haber desayunado Stoli con zumo de naranja, unos pocos vigilaban por si aparecían otros niños de los que se habían distanciado y a los que solo veían en acontecimientos públicos, y uno hizo girar en el dedo un anillo de los que destrozan mejillas: este tenía la imagen del arcángel Miguel, comandante del Ejército de Dios, soplando el cuerno y encabezando a un batallón de ángeles en la batalla, todos apiñados en el metal duro y gris de ese enorme adminículo. Algunos soñaban con instalarse en California o con desaparecer por las autopistas que iban hacia al sur o con señalar con el dedo un punto en el mapa y largarse a donde el dígito indicara, mientras que otros vivían de la caridad de los cheques para discapacitados de la Seguridad Social. Muchos estaban en el sótano del escalafón económico del país.

Unos cuantos, que se habían criado jugando entre los restos de coches desguazados en una propiedad familiar conocida como Fallen Farms, preparaban metanfetamina y vendían pastillas con margen de ganancia. Disparaban a botellas y motores viejos y durante unos segundos el retroceso de las armas disipaba antiguas angustias. Algunos ganaban dinero ofreciendo mercancía robada en craigslist, con sus portátiles prácticamente pegados a las caderas. Otros escribían en los tableros de anuncios de internet sobre la inminente invasión de bebés de civilizaciones inferiores y de la última oportunidad que tenían los blancos de revertir la marea.

Muchos llegaban a sus casas y se encontraban con una notificación del sheriff en la puerta. Era una época en la que las ejecuciones hipotecarias y los desahucios se sucedían de un extremo a otro del condado. Algunas de las viviendas que iban a parar a manos de los bancos tenían las habituales cucarachas y manchas de humedad, pero en muchas otras había claraboyas y televisores de plasma. Dejaban objetos de valor: parrillas de gas, muebles, joyas, álbumes de vinilo, animales de peluche, cuadros con plegarias enmarcadas, filetes congelados, toda la Biblia en una caja de cedés, bicicletas, y un excéntrico dejó unos treinta patos en un corral detrás de un pequeño estanque que estaba en el patio trasero. Algunas personas directamente desaparecían, familias enteras que se esfumaban en un parpadeo, como en el arrebato cristiano. Algunos se mudaban a casa de sus padres, de sus hermanos o de amigos; algunos terminaban en habitaciones de moteles o en el interior de sus coches. A otros había que expulsarlos del aparcamiento municipal o del de Walmart. Marty Brinklan decía que entregar una notificación era la tarea que más detestaba: era impresionante ver lo dolido, enfadado y verdaderamente aterrorizado que podía mostrarse alguien que perdía su hogar. Un anciano viudo, cuya vida laboral ya había quedado muy atrás, se había echado en brazos

de Marty, llorando, despojado ya de toda dignidad, y le había rogado que no lo hiciera porque no tenía adónde ir. Ahora Marty veía a aquel hombre por todas partes, arrastrando sus pertenencias en una bolsa de la compra que anunciaba grandes rebajas en uno de sus lados.

Algunos de los presentes consideraban que había algo profundamente desagradable en toda esa escena, mientras que otros agitaban aquellas banderitas con sus manos frías y agrietadas y experimentaban paroxismos de orgullo, de posesión y de fe. Una ceremonia para un soldado caído era una oportunidad para decorar y reinventar el pueblo de la manera en que a sus residentes les gustaría que se viera. Encajonado en el cuadrante nororiental del estado, equidistante de las ciudades de Cleveland y Columbus, uno podía pensar en su tierra natal como un espacio imaginario, como el concepto inespecífico de un Ohio de vallas blancas (y, admitámoslo, de pieles blancas). Lejos de los barrios negros subrayados en rojo de Akron, Toledo, Cincinnati o Dayton, distante de la provinciana cadena de los Apalaches que surcaba las zonas fronterizas de Kentucky y Virginia Occidental, la mayoría de los asistentes al desfile se aferraban a una idea específica de lo que era su pueblo, de los valores que encarnaba, de las esperanzas que alentaba, aunque, en 2007, las empresas que en algún momento habían empleado a la mayor cantidad de gente, una fábrica de tubos de acero y dos fábricas de láminas de vidrio, ya llevaban cerradas más de veinte años y la mayoría de las granjas pequeñas del condado habían sido engullidas por Smithfield, Syngenta, Tyson y Archer Daniel Midlands. Muchos de los que agitaban con más fuerza aquellas banderas cuando pasó el ataúd eran residentes que no habían nacido en este país, sino que habían llegado hasta aquí desde Kuala Lumpur, o Jordania, o Nueva Delhi u Honduras.

Nada representaba más esta tierra natal imaginaria que el equipo de fútbol de 2001. Encabezado por las jugadas temibles

y constantes de Rick, un quarterback fiable, y por los despiadados ataques de un defensa en particular que todos pensaban que acabaría en la NFL, ese fue el primer equipo de New Canaan que se clasificó para la liga estatal. En una comunidad de alrededor de quince mil habitantes, la designación de la escuela secundaria para la primera división siempre pendía de un hilo, pero, como solía señalar el entrenador a los aficionados que los alentaban, de allí no se movía nadie. Los atletas salían todos de la misma cantera de pequeñajos que jugaban al fútbol, y, si había un par de años flojos en los que los adolescentes se interesaban más por los patinetes, estabas jodido.

La mayoría de los miembros de aquel célebre equipo estaba presente ese día, excepto el fiable quarterback, que había muerto de sobredosis de heroína medio año antes. Sencillamente, se preparó una dosis demasiado grande, se la inyectó en el hueco de la rodilla en la escalera de la puerta del remolque de su padre y así terminó el partido. En un momento estaba admirando unas hileras de luces navideñas que imitaban carámbanos de hielo y al siguiente se derrumbó sobre un charco y su cara aplastó su imagen reflejada. Cuando pasó el ataúd, muchos recordaron que Rick y el quarterback tenían la costumbre de pelearse en el vestuario antes de los partidos para darse ánimos. No era más que un juego, pero se golpeaban con violencia contra las taquillas. Empapados en un ansioso sudor, desnudos salvo por un suspensorio, el culo como dos bulbos florales que asomaban por fuera del elástico blanco, Rick forcejeaba con el quarterback hasta que la carne golpeaba contra la carne y les dejaba la piel rosada, mientras sus compañeros los azuzaban con ovaciones y gritos. Luego todos se abrochaban las hombreras, daban puñetazos a las taquillas, chocaban los cascos y salían en tropel por el aparcamiento hasta el campo de juego. Habían luchado como hermanos para conseguir aquella enorme placa que todavía engalanaba la vitrina de cristal en la entrada de la escuela

secundaria, aunque pocos de ellos poseían el talento o la calificación necesarios para pasar de nivel. Cuando cumplieron dieciocho años, ya no hubo más noches de viernes bajo las luces del estadio, arengas previas, hogueras ni novias de primer año. No más bailes, espectáculos en el foro, fiestas de secundaria o ruidosas excursiones al restaurante Vicky's Diner para arrojar patatas fritas desde los reservados. Ahora trabajaban en Cattawa Construction, en Jiffy Lube, eran cocineros de comida rápida en Taco Bell, eran agentes inmobiliarios. Se gastaban la nómina rápido, empujaban bolas de billar o hacían pederretas en las barrigas de sus bebés. Se contaban los partidos de fútbol de antaño, lo que al parecer les proporcionaba alguna prueba verídica de que, alguna vez, habían hecho algo meritorio. Muchos tenían sueños bonitos y luminosos en los que se veían otra vez en el campo de juego. Unos pocos convivían con una culpa constante e inaudible por lo que habían terminado haciendo con esa chica a la que llamaban Tina la Inmunda.

En su breve vida, Rick se había cruzado con una gran cantidad de personas en este lugar, en parte debido al puesto de su padre en el departamento de policía y a la peluquería de su madre, aunque también porque su familia llevaba varias generaciones en New Canaan. El linaje de su madre se remontaba a los primeros colonos que habían venido a cultivar los terrenos que les habían adjudicado después de la guerra de la Independencia. Un tatarabuelo había emigrado de Baviera y él y su gente trajeron consigo la técnica para cortar vidrio, lo que finalmente se convirtió en Chattanooga Glass. Otro tatarabuelo se había ganado la vida como obrero en un canal del condado de Coshocton, trasladando madera a través de las esclusas. Entre los antepasados de Rick había agricultores y banqueros, así como operarios de Cooper-Bessemer, que más tarde terminó siendo Rolls-Royce. Los asistentes al desfile conocían a Rick desde que él y sus amigos no eran más que niños, pequeños demonios que corrían

por toda la ciudad y que siempre salían a jugar con la cara todavía manchada de mermelada de uvas. Lo habían visto crecer. Lo habían visto dejar atrás a las líneas de defensores en los partidos. Lo habían visto representar el papel de un atractivo campesino amish en la obrita estudiantil del curso superior. Cinco mujeres jóvenes podían asegurar que Rick les había dado su primer beso. A una de ellas la habían emparejado con él en el típico juego adolescente Siete Minutos en el Cielo y, dentro del armario, él le había babeado el mentón y le había tocado todo lo que había podido tocar. Otra había quedado tan excitada después de besarlo debajo de las gradas en un partido de baloncesto de octavo grado que no pensó en otra cosa durante un mes entero.

Muchos tenían resaca por haber estado brindando por Rick en el Lincoln Lounge la noche anterior. Regados con cerveza y bebidas baratas, habían compartido anécdotas clásicas, recuerdos valientes y oscuras reflexiones. Los rumores, los chismorreos, las leyendas urbanas se desataron. New Canaan tenía una maldición, decidieron sus compañeros. Su generación, las clases de los primeros cinco años del recién nacido milenio, todos ellos iban por la vida con un piano suspendido sobre sus cabezas y un blanco dibujado en la coronilla. Esto era diferente (pero probablemente paralelo a) del confuso mito de pueblo pequeño conocido como «El Asesinato que Nunca Fue». Quien fuera el que había acuñado esa frase en particular no era muy ducho en gramática, pero, de todas maneras, se hizo popular, y fue debatida y rumiada en bares, peluquerías y restaurantes, a veces susurrada, a veces no; en especial aquella noche, en que esa hipótesis circuló a gritos dentro de la atmósfera oscura y enrarecida del Lincoln. «El Asesinato que Nunca Fue» consistía en la teoría de que una persona había desaparecido o no, de que había muerto accidentalmente o no, de que se había fugado después de un atraco o no, de que había salido echando leches del pueblo riendo como un demonio o no. Ahora, a la luz del

día, en la mareante asfixia y la aletargada eternidad de una resaca, qué tonto sonaba todo aquello.

El conductor detuvo el camión y ubicó la plataforma delante de un escenario que pidieron prestado a la escuela secundaria y que montaron bajo los robles centenarios de la plaza. Sobre ese escenario estaban los padres de Rick y Lee, su hermano, en medio de una avalancha de amigos, parientes, el alcalde, el sheriff. En un equipo de amplificación improvisado sonaba «Amazing Grace», y con el eco de los últimos acordes el pastor de la Primera Iglesia Cristiana, en la que Rick y Lee casi nunca podían quedarse quietos en sus asientos y todos los domingos se peleaban y se tiraban pedos (dos de los chavales más problemáticos que habían honrado esos bancos con su presencia, según la mayoría), empezó a recitar la primera plegaria. «Jesús, acoge a Rick en tu seno y concede a sus parientes y amigos la fortaleza para soportar su pérdida», dijo. Una frase de manual.

Ese día hablarían cuatro personas más.

Una de ellas, la novia de Rick en la secundaria, jamás llegaría al micrófono. Kaylyn Lynn estaba tan increíblemente colocada que ya nada parecía importarle. El viento le agitó el pelo sucio en torno a su bonita cara y atravesó la camiseta de fútbol de Rick (N.º 25) que él le había dado después del banquete del equipo de la temporada del último año. Estaba profundamente molesta porque los padres de Rick le habían pedido que hablara. Aquello no había sido ningún cuento de hadas. Se habían separado el verano después de aquel último año de escuela. Ella, en resumidas cuentas, le había arrancado el corazón a Rick y se lo había comido delante de sus narices. Había empeñado el anillo de compromiso que él había tratado de darle. Se había follado a sus amigos. Le había dicho lo mucho que lo amaba solo para asegurarse de que él jamás la dejaría. La homilía del pastor llegó a su fin y ella vio a un cuervo coger un pedazo de esa tarta con la bandera estadounidense que se vendía

delante de Vicky's. Cuando el ave hundió el pico en esa golosina esparcida por el asfalto, se manchó con glaseado rojo y azul. Enferma de culpa, cuando llegó su momento Kaylyn se limitó a mantener la mirada gacha y sacudió la cabeza en un gesto de pánico ante los padres de Rick. Escondió su colocón detrás de su pesar. Tiritó y chupó su inhalador, con unos ojos que brillaban como Casiopea.

Marty Brinklan se acercó al micrófono, frotándose los bigotes blancos como si se los hubiera lavado con lejía, con cara de cansancio, un mármol de buena calidad cubierto de arcilla mala. Miró a su mujer, que estaba sentada en una silla plegable de metal, apretando un pañuelo del color de una ciruela mojada y mirando catatónicamente hacia el suelo.

—Marido, cristiano, patriota, funcionario público —dijo Marty. Apartó los ojos de la hoja que aferraba entre las manos, miró a sus amigos y vecinos—. Pero, lo más importante, cuando te conviertes en padre... Esto es lo que aprendes respecto de lo que significa ser padre: se convierte en lo primero que eres, y todo lo demás tiene que pasar a un segundo plano. Cuando te conviertes en padre —repitió.

Marty quería que la parte pública de todo aquello acabara de una vez. Sabía poner su pena en cuarentena, guardarla para los momentos apropiados en que pudiera tenerla solo para sí mismo, sacarla y cuidarla con mimo, como una pistola antigua. No dormía ni comía bien ni se cuidaba. Por todos los diablos, incluso había tomado un par de tragos. El primer día de su semana laboral había recibido una llamada sobre una chica de diecinueve años, muerta por una sobredosis, a la que habían encontrado con la cara dentro de un inodoro desbordado. Una escena truculenta. Luego había entregado una notificación de desahucio a uno de los antiguos miembros del equipo de fútbol de Rick, un ala que sollozó y despotricó tanto que Marty se encontró poniendo la mano en la culata de la pistola. El antiguo

ala lo miró justo antes de salir pitando de la entrada y dijo con sorna: «Rick estaría muy orgulloso de ti, Marty. Qué pena que no pudiera ver esto». Ese alegre episodio había tenido lugar justo ayer.

Jill Brinklan se sentía como si estuviera en uno de los más crueles *reality shows* de televisión jamás soñados. Acusaba recibo de Marty y de su discurso con una sonrisa tensa y un movimiento de cabeza, pero no podía mirarlo a los ojos. No había podido mirarlo desde que les había llegado la noticia. También se dio cuenta de que no podía mantenerse en pie muy bien; de ahí la silla plegable de metal. Últimamente, cuando se incorporaba, a veces perdía el equilibrio. Apretando el pañuelo, se incorporó, dio a todos las gracias por venir, por ser tan amables, y volvió a sentarse de inmediato. Se preguntó si alguna vez perdonaría a su marido por su orgullo. A esto te llevaba tu orgullo. Todos los que leían la Biblia lo sabían. Esa mañana Marty le había preguntado qué camisa debía ponerse y ella había siseado como un gato y había huído del dormitorio. Fue a la cocina, pasando obsesivamente las manos sobre los fogones, porque estaba pensando en empanadillas de manzana. Preparaba empanadillas de manzana todas las mañanas, antes de los partidos de fútbol de Lee o Rick. Cuando empezó esa tradición, dejaba que Lee manejara la sartén y rehogara las rodajas de manzana en mantequilla, mientras Rick estiraba la masa con un rodillo para pizzas. Qué graciosos estaban esos pequeñines cuando cocinaban; se excitaban tanto a cada paso que parecía que iba a darles un soponcio. Y, más tarde, cuando ya se habían convertido en unos ogros adolescentes, unos completos chapuzas, qué divertido era verlos colocar las manzanas con suma delicadeza en los cuadraditos de masa y darles forma pellizcando los bordes. Y aquellos obscenos intercambios que ella tenía que moderar... ¿Cómo se les ocurrían semejantes vulgaridades? («Rick, lávate las manos, sabemos que anoche te metiste el pulgar en el culo

hasta el nudillo; te meteré el escroto en el ojo, Lee»). Esa mañana, cuando acarició los fogones, sintió de golpe que todo aquello la cubría como una de esas olas arrasadoras que llegaban con la misma imprevisibilidad de cada ráfaga de aquel caprichoso viento. Salió al patio, avanzó tambaleándose hasta el foso de la hoguera que estaba más allá de su jardín y en el que todavía se veían unas latas chamuscadas de Bud Light entre las cenizas que habían quedado allí desde la última vez que Rick había estado en esa casa. Perdió el equilibrio y se dejó caer sobre el césped. Sintió el deseo de cavar la tierra, capa a capa, hasta encontrar a su hijo, hasta ponerlo a salvo, hasta que ya no le llegara aquel olor perdido en el tiempo de cosas que se quemaban.

De todas maneras, de los cuatro oradores previstos, el único que realmente rompió el corazón de las personas allí reunidas fue Ben Harrington. Ben, que había abandonado la universidad para convertirse en músico, detestaba volver a su ciudad. Para él, el centro de New Canaan tenía el aspecto de una revista después de haber sido arrojada al fuego, con las páginas ennegreciéndose y retorciéndose en el momento en que empiezan a arder, pero antes de que las llamas acaben con ellas. Ese lugar había parecido tan vibrante e importante y resistente y excitante a través de la venda de la infancia, en la época en que él, Rick y Bill Ashcraft se paseaban en bicicleta hasta el final de los tiempos. Conocían cada grifo en el que se podía hinchar un globo de agua y el mejor rincón para nadar del río Cattawa y la mejor ladera para deslizarse en trineo y el mejor muro contra el que podían apretarle el pecho a algún tío hasta que se desmayara y tuviera unos sueños raros, agitados, provocados por la falta de oxígeno.

En el escenario, Ben narró una simple anécdota de su infancia. Una vez, en las orillas del Cattawa, mientras vadeaban el río, sintiendo el barro entre los dedos de los pies, Rick atrapó una rana. Sostuvo el tembloroso trofeo entre ambas asombradas

manos mientras Ben, con los ojos azotados por sus rizos rubios, se alejaba tambaleándose.

—No es más que una jodida rana —dijo Rick.

—¡No te me acerques con eso!

—Tócala.

—No.

—Tócala.

—No.

—No te vas a envenenar. Y eso de que produce verrugas tampoco es cierto.

—Apártate, Rick.

Entonces Rick le arrojó la rana a Ben, quien lanzó un chillido y salió corriendo, mientras la rana, aterrorizada, huía pitando de esos chavales psicóticos. Bill Ashcraft no podía parar de reír. Ben lloró y les gritó que eran unos gilipollas, y luego se sentó en la orilla mientras los otros jugaban en el agua. Unos cinco minutos después, Rick se le acercó, con las manos en las caderas.

—Lárgate.

—Venga, Harrington. ¿Te sentirías mejor si me como un insecto?

—¿Eh? No. ¿Qué...?

Antes de que pudiera decir algo más, Rick atrapó un saltamontes que estaba colgado de una hoja y se lo metió en la boca. Le dio un fuerte mordisco, tragó y entonces, de inmediato, se ahogó, se dobló sobre sí mismo y vomitó en la tierra. Ben jamás se había reído tan fuerte en toda su joven vida. Ambos tenían los ojos llenos de lágrimas, Ben por estar partiéndose a carcajadas y Rick por sus intentos de expectorar el exoesqueleto del saltamontes. Un rato después, regresaron al río corriendo, como si no hubiera pasado nada, y se pusieron a chapotear y a escupir agua al sol.

Unas risas y una nueva ronda de sollozos atravesaron la multitud. Un padre que estaba cogiendo de los hombros a su

hija adolescente la abrazó de repente, como si aquel viento fuerte pudiera llevársela.

Por supuesto que Ben no compartió la historia de la última vez que había visto a Rick, en la primavera de 2006. Rick, que acababa de regresar de su primer período de servicio, había añadido todavía más capas de músculos a su bestial corpulencia. Parecía que llevara un revestimiento antibalas de kevlar en todo el cuerpo. Se puso borracho como una cuba y Ben trató de traer a colación el tema de Bill Ashcraft. Rick y Bill, que habían sido amigos desde la cuna, llevaban casi tres años sin hablarse. Pero Rick solo quería contar sus hazañas truculentas, explicar lo mucho que se divertía en el desierto iraquí.

—Una vez me pareció ver una rata que llevaba un pedazo de cecina. Y pensé: ¿dónde guardas tus provisiones, amiguita? ¡Resulta que era un dedo! ¡Esa ratita tan bonita estaba llevándose un dedo!

—Por Dios, Brinklan.

—Venga, no seas marica. Así es la guerra.

Rick no quería hablar de Bill y tampoco quería hablar de Kaylyn, pero sí quería ir al lago Jericho y fumar un porro.

—¿No te analizan el pis los marines?

Rick se rio con un sonido que parecía un ladrido.

—Oye, Rana Toro, eres un gilipollas.

Eso era lo que tenía Rick: la manera en que su aspereza, su ordinariedad, nunca podían enmascarar —y, de hecho, estaban relacionadas con— el enorme amor que sentía por ti.

Y finalmente condujeron hasta Jericho, demasiado borrachos, atravesando el horizonte de ese pueblo de globo de nieve. Ben quería escribir una canción sobre Rick, sobre esta clase de tío que encuentras por docenas en el hinchado vientre del país, ese tío que alterna Budweiser, Camel y salsas para untar, que se acoda sobre la barra como si estuviera asomándose al borde de un precipicio, capaz de llegar a un nivel casi filosófico cuando discute

sobre equipos universitarios de fútbol americano o sobre calibres de escopetas, girando el cuello cada vez que aparece alguna mujer guapa pero siempre leal a su amor verdadero, que realiza la mayor parte de su consumo alcohólico a menos de dos o tres kilómetros de donde nació, de manos encallecidas, con un dedo doblado en un ángulo raro por una fractura que nunca se soldó bien, una boca salvaje y sucia que podía utilizar la palabra *joder* y sus inflexiones como sustantivo, verbo, adjetivo o gerundio de maneras que uno estaba seguro de que jamás habían existido hasta ese momento (podía decir «nos lo estamos pasando jodidísimamente bien», allí sentados sobre el césped, contemplando la resplandeciente pátina nocturna de Jericho). Sin embargo, su amigo no seguía ningún patrón. Era irresponsable, terco como una mula y astuto como un embaucador de coyotes. Albergaba océanos enteros en su interior, la agreste naturaleza del campo, fantasmas feroces y unos doscientos millones de estrellas.

—No queda nada, tío. Nada a lo que volver —declaró crípticamente Rick esa noche. Liberó su pequeña polla de los pantalones y meó tan cerca de Ben que este tuvo que saltar por el césped para esquivar las salpicaduras—. Solo tú y yo, amigo. Solo tú y yo abrazados en esta última noche solitaria.

¿De qué estaba hablando? Difícil de decir. El propio Rick tampoco se entendía mucho, pero tenía que ver con lo que le había ocurrido en tan solo tres cortos años. Lo que les había ocurrido a ellos. Los lugares que había visto, las cosas que había hecho. En el último día que había pasado en su ciudad antes de que lo mandaran de vuelta a su destino se borró a sí mismo delante del foso de la hoguera, lanzando latas azul cobalto de Bud Light a las llamas, a pesar de que su madre siempre lo regañaba por eso. Salió a caminar por la carretera hasta el prado donde, como un idiota, una vez había tratado de darle un anillo de compromiso a su novia. Cayó el crepúsculo; hacía esa extraña temperatura que tiene lugar en el Medio Oeste cuando los restos del invierno van

robando un día tras otro de la primavera. Todavía quedaban algunas costras de nieve en la maleza. Más allá se extendían el bosque y las figuras marchitas, como un cepillo, de los árboles sin hojas. La acuosa luz del día se inclinaba sobre el horizonte. Como un filtro, les cambiaba el color a las cosas, haciendo que las lejanas vacas del prado parecieran rojas y amarillas en el caleidoscópico atardecer. Él se quedó allí, clavó un pie en un charco derretido y esperó a los cuervos. Hay que tener fe, reflexionó. Fe en que Dios te compensará por cada dolor que hayas sufrido en la vida.

Los cuervos se habían habituado a congregarse en el bosque que estaba cerca del polígono industrial, a más o menos un kilómetro y medio de distancia. Hurgaban en los contenedores y en los arbustos de almezas, llegando en múltiples bandadas que se convertían en una horda cada vez más grande. Su padre los llamaba el «megaasesinato» por lo que ocurría al caer el crepúsculo. Rick miraba su imagen agitándose en el charco y, cuando se asentaba, la golpeaba de nuevo, para que sus rasgos volvieran a quedar cubiertos por esa interferencia horizontal. Estaba borracho y se puso a pensar. A pensar en esa jaula en la que vivía, esa prisión en la que sentía que había pasado la totalidad de su vida, de la cuna a la tumba, midiendo la distancia entre sus esperanzas más modestas y todas las vulgares lamentaciones con las que había terminado conviviendo. Has pasado todo el tiempo en la jaula, dedujo, aferrándote inútil y desesperadamente a una serie interminable de penas inconclusas.

Entonces los cuervos alzaron el vuelo, miles de ellos, esparciéndose a través de la última luz del cielo. Parecieron hincharse con un tono violeta, criaturas a medio camino entre ratas y ángeles, graznando, y descendieron sobre el bosque formando una fantasmagórica manta, cubriendo cada rama que el invierno había desnudado...

Cuando todo lo que había que hacer y decir en el desfile llegó a su fin, la multitud rodeó el escenario y los que estaban sobre

él se entregaron a los abrazos y las plegarias de la gente. El viento se les colaba por el interior de las mangas de sus prendas, les machacaba los ojos y parecía empujarlos para que se marcharan. Jill Brinklan soltó su pañuelo color ciruela y jamás lo recogió. Marty Brinklan se giró a abrazar a Lee para no tener que mirar a su mujer. Kaylyn descendió rápidamente del escenario, de un salto. Ben Harrington extendió las lágrimas por la mejilla con el dorso de una mano fría. Los vehículos de la procesión empezaron a dispersarse. Trajeron un camión municipal de mantenimiento para rescatar la bandera de las ramas del roble. Devolvieron el ataúd a Walmart. Era el 13 de octubre de 2007.

Por lo que respecta a nuestra historia, tal vez lo más notable del desfile no fueran las personas que asistieron sino los que aquel día estuvieron ausentes. Bill Ashcraft y Tina la Inmunda. La exvoleibolista estrella y feligresa de la Primera Iglesia Cristiana Stacey Moore. Y un chaval llamado Danny Eaton, que todavía estaba de servicio en Irak, a pocos años de perder uno de sus bonitos ojos avellana. Cada uno faltó por sus propias razones, y todos, algún día, regresarían. Cuesta decir dónde acaba nada de esto, o cómo empezó, porque lo que uno termina aprendiendo es que no hay nada que sea *lineal*. Lo único que hay es este lanzallamas feroz y jodido del sueño colectivo en el que todos nacimos y viajamos y morimos.

De modo que comenzaremos unos seis años después del desfile que se organizó en honor del cabo Rick Brinklan, en el febril hervor de una noche de verano de 2013. Comenzaremos con los perros de la historia aullando, sufriendo hasta el último nervio y músculo. Comenzaremos con cuatro vehículos y sus ocupantes convergiendo en esta ciudad de Ohio desde el norte, el sur, el este y el oeste. Específicamente, comenzaremos en una oscura carretera comarcal con una pequeña camioneta, con el chasis estremeciéndose, el tanque de gasolina vacío, lanzándose a través de la noche desde un origen aún desconocido.